

dad de votos del Ayuntamiento y vecinos se juró por patron de la ciudad al Sr. San Miguel. Bajo sus auspicios se resolvió tambien trasladar la ciudad tercera vez al valle de Atemajac al punto ya de antemano reconocido, y aprobado por todos al efecto, por su amenidad y hallarse en medio de todos los pueblos más amigos y decididos por los castellanos. El mismo dia comenzaron los vecinos á trasladarse al llamado pueblo de Analco, dejando en Tlacotan solo la guarnicion competente para contener á los indios y observar sus movimientos.

*Destruccion de las fortalezas de los indios. se decide su suerte para siempre.*

Activó quanto pudo el virey D. Antonio Mendoza las providencias necesarias para formar un ejército capaz de contener la sublevacion general que en el Norte de N. Galicia habian promovido los cascanes y otras naciones. Salió en persona á fines del año de 1541 mandando el ejército que fué de treinta mil hombres; los más eran auxiliares mexicanos, tlascaltecas y tarascos, solo mil eran españoles, los más de caballería y los ménos de infantería y artillería: los víveres y municiones eran correspondientes á tan formidable ejército.

Sin el menor embarazo atravesó los territorios de México y Michoacan en sus límites, y al entrar á la N. Galicia por Coynan, que así se llamaba lo que ahora forma los partidos de la Piedad y de la Barca, encontró á los indios hechos fuertes en el cerro alto llamado Pajacuaran; que estaba cortado en varias partes con fuertes albaradas de piedra. Aquí se habian propuesto los valientes de Coynan y Cuiseo embarazar el paso al ejército mexicano; y si les fuera posible destruirlo. Les intimó el virey que se rindiesen y les perdonaria para que se retirasen á sus pueblos; su contestacion fué, la de que estaban resueltos á morir ó vencer.

Como á la vez se observase que no tenían agua en el fuerte, y que á horas excusadas bajaban varias partidas á subirla en cántaros de los bajos y del rio, se les fraguó por medio de los indios auxiliares la traicion más vil que se podia imaginar. A horas incómodas prepararon los sitiadores iguales partidas de indios con cántaros de agua del mismo rio que proveia á los del fuerte: ellos tuvieron aquellas tropas por suyas, y cuando ménos lo pensaron se encontraron dentro del fuerte con sus enemigos, estando ellos desprevenidos. Los auxiliares tirando los cántaros y armados de puñales, hicieron en sus

mismos hermanos la carnicería más horrenda. No hubo necesidad de más para vencer à aquellos valientes, porque conocido el engaño entró con ellos el furor y la desesperacion más inaudita y cruel. Por no rendirse se mataban unos á otros, algunos se colgaban de los árboles y se echaban para abajo de los crestones y quiebras del cerro, y hasta las mujeres y niños los precipitaban consigo. Las tropas españolas más bien subieron á contener la mortandad que á pelear, y libertaron cosa de dos mil indios de doce mil que eran los sublevados. El asesor de la guerra, que debia ser un tigre, consultó la pena de muerte para los dos mil cautivos; pero Mendoza, satisfecho con la sangre que se habia derramado, los dió por libres, mandándoles se fuesen á sus pueblos. ¡Lastimoso espectáculo por cierto, el que presentó el cerro despues de la accion; pero incapaz de mover los corazones de los que se deleitaban en contar las víctimas de su ambicion!

Despues que dió Mendoza algun descanso á su ejército, siguió su marcha por el cerro Gordo para Acatic, cuyo cacique y habitantes eran decididamente afectos á los españoles. La conducta poco patriótica que éste y otros jefes de los indios observaron, fué efecto de su ignorancia y

de los partidos en que encontraron los españoles dividida á la nacion.

Dió aviso el virey á Oñate de lo sucedido y de su aproximacion, salió el gobernador de Tlacotan con cincuenta hombres á recibirlo, llegó á su presencia y recibió las mayores demostraciones de aprecio del jefe de la N. España. Entraron en materia sobre los fuertes del Peñol de Nochistlan y del Mixton. *Yo y los míos, dijo Mendoza, venimos a militar bajo las órdenes de V., no sea que nos suceda lo que al Adelantado por haberse separado de las instrucciones de V.* No le vino mal esta expresion á la vanidad de Oñate, que en el acto expuso al jefe la necesidad que habia de sujetar más a los indios de lo que prescribian los decretos de los reyes de España. Le dijo que las libertades tenian insolentados á los indios, y que lo primero que se habia de hacer, era declararlos indistintamente esclavos: le hizo presente la urgencia de atacar lo más pronto posible las fortalezas de Nochistlan y del Mixton. *Estos indios, decia, cuantos más mueren, se multiplican mas: en doce años de conquista habremos matado en la N. Galicia quince mil hombres, y ahora tenemos mas de sesenta mil solamente en el Peñol de Nochistlan.* Cuando decia esto Oñate no advertia que por las crueldades

que cometian los jefes y los encomenderos se habian decidido los indigenos à preferir la muerte à la más ominosa esclavitud, despues de haber sido privados de sus señores naturales, sus propiedades y posesiones.

Despues de algunos dias salió el ejército del virey para Nochistlan por Temacapulin y Mestica-can, haciendo alto en donde le parecia conveniente al jefe. Encontràronse los pueblos abandonados, pero con algunos depósitos de provisiones y víveres: se dió vista al Peñol, que por la multitud de los combatientes adornados de adargas y penachos de plumas de colores parecia un ramillete. A cuatro leguas se oyó la vocería y alaridos con que los indios acostumbraban, como lo hacen tambien hasta ahora, excitar su valor. Distribuyó Mendoza su ejército bajo la mejor disciplina, y asentó su real como convenia: mandó à Ibarra intimar rendicion à los indios del fuerte, solicitó el enviado al jefe, que ya he dicho era D. Diego Zacatecas, conocido tambien en la historia con el nombre de Tenamastle. *Yo os intimo, les dijo Ibarra, à nombre de nuestro rey, que bajéis del Peñol de paz, y os retireis à vuestros pueblos.* Tenamastle le respondió con intrepidez: *Yo tambien os requiero à nombre de los valientes que mando, para que os vayais en paz à*

*Castilla. Nosotros estamos en nuestras tierras, y habeis venido de muy léjos à destruirnos.* Ibarra le contestó que el virey de México era el que lo mandaba con aquella embajada, que allí estaba à la cabeza del ejército, y que tuviera entendido que si no se rendian, los hacian esclavos. Esto irritó demasiado los ánimos del jefe y subalternos que estaban presentes, y dijo D. Diego: *debeis estar locos, pues por solo vuestro querer habeis venido à provocarnos cuando estamos decididos à morir ó vencer en defensa de nuestras propiedades.*

Despues, haciéndoles cargo de la sangre que se derramase, rompió el fuerte el ataque, haciendo Tenamastle una seña à sus soldados para que avanzasen sobre el parlamentario: éste huyó precipitadamente, como ya lo habia hecho del mismo lugar otra ocasion, y fué tanta la vocería y ruido de las descargas de piedras, que se estremecieron los valles.

Despues de otras embajadas despachadas como la primera, determinò Mendoza à los tres dias romper el fuego sobre la fortaleza. Quince dias continuos defendieron sus libertades y las de toda la Nacion en este punto los indigenas, con tanto valor y esfuerzo, que decia Mendoza: *vergüenza es nos hayan tenido tanto tiempo en*

*continua accion sin desalojarlos de su puesto, y creo que ántes de vencerlos han de mudar el cerro de su lugar á nuestro campo.* Y era así, porque de tantas piedras que despedían, formaban sus trincheras, y ganando terreno desalojaron al virey del punto que tenía.

Por último, estos impertérritos defensores de su patria se rindieron porque les faltó el agua de un pequeño manantial que había en el fuerte, y por la defeccion de uno de los principales caciques, que á horas excusadas se salió de la fortaleza con dos mil indios y sus respectivas familias:

Murieron en el sitio, que duró veinte dias, seis mil guerreros, se dispersaron algunos y otros fueron á engrosar las filas de los defensores de la fortaleza del Mixton. Quedaron solo mil prisioneros encargados á la guarda de Miguel de Ibarra: éste se desentendió de los infelices y les dió libertad, por cuyo hecho fué acusado de traicion ante el virey; pero se disimuló éste de la acusacion: tal vez habian procedido de acuerdo para poner en libertad á los prisioneros por no tener con que mantenerlos.

Temiendo justamente los españoles que por el refuerzo que recibían los sublevados del Mixton con los dispersos de Nochistlan se aventura-

se el buen éxito de la accion que meditaban sobre aquel punto, inmediatamente movieron el campo. Ya los aposentadores habian provisto de víveres y forrajes los puntos intermedios, y el ejército llegó en tres dias al frente del Mixton, que está cerca de Juchipila. Aquí le ocurrió á Mendoza el escrúpulo más raro que podia tener un conquistador, y juntando á sus subalternos les consultó: *¿si seria justo hacer aquella guerra á los indios?* A pesar de ser tan imprudente la consulta, no fué tan unánime la contestacion, por lo que se observó y se dirá despues.

Comenzó el ataque de la fortaleza, en la que había más de cien mil combatientes. Esta extraordinaria multitud fué una de las causas que contribuyeron á acelerar la conclusion del sitio, porque no había los bastimentos necesarios para tanta gente. Fué tal la desesperacion con que allí pelearon los indios, que se bajaban precipitadamente y se metían hasta clavarse en las puntas de las espadas y lanzas de los españoles por medio del cuerpo y caían muertos á sus pies.

Los indígenas del Tevul cometieron entónces la más vil traicion que se pudo imaginar contra sus hermanos y compañeros de armas. Es el caso que convocados á la defensa de la patria, se mostraron primero indiferentes: viendo los genera-

les indígenas su desentendimiento, les mandaron una embajada como merecian, amenazándolos para despues de la accion y prodigándoles algunas injurias: el resultado fué ir los tevultecos á la reunion del Mixton en número de mil; pero ántes de esto se pusieron de acuerdo con los jefes españoles para hacer traicion. Llegaron al frente diciendo á los sublevados que los venian á enseñar á pelear. Al comenzar el ataque bajaron á la vanguardia, y tirando ellos al aire y correspondiendo lo mismo los castellanos, vinieron á su defensa los demas indios en gran número, que fueron luego víctimas del fuego del cañon y fusil que les dispararon los enemigos. Pronto se decidió la accion por los españoles, murieron en este sitio más indios que en las batallas anteriores, y probablemente allí acabaron su carrera los más valerosos jefes, porque despues no se supo más de ellos.

La historia de Mota Padilla que tengo á la vista, dice, que Santiago se apareció en el Mixton matando indios. No es la primera vez que los conquistadores ocurren á la intervencion de los santos para cohonestar y autorizar sus crímenes. ¿Qué tenia que hacer Santiago con los inocentes indígenas, que solamente se defendian de una agresion injusta? ¿Serán más indulgen-

tes los hombres que los santos, como lo vemos en los privilegios que las leyes les conceden á los neófitos, aun en delitos enormes y en la excepcion de ciertos deberes comunes á los demas hombres? No es mi intento hacer una apología de los defectos en que pueden haber incurrido los indígenas aún despues de haber recibido muchos de ellos la religion; pero debemos confesar que el mayor milagro que hizo Dios con los indios, fué que recibieran con tanto gusto y aficion una religion que los españoles les trajeron en la punta de la espada y en la boca del cañon.

Concluida aquella accion que remachó para siempre los grillos ó la esclavitud de los indios, aún se habian quedado ocultos en una quiebra del cerro más de seis mil, sin duda resueltos á morir de hambre ántes que entregarse á sus enemigos. Sabedor de esto el virey, trató de que entrasen los soldados sobre ellos á acabarlos á fuego y sangre, y oida semejante resolucion por los misioneros que con otros capellanes estaban en el ejército, se fué al virey con la mayor intrepidez el P. Fr. Antonio Segovia, y le dijo: *Basta ya, señor, de justicia, dése lugar á la misericordia. Yo me obligo á subir al cerro y me prometo con el auxilio de Dios reducir á esos infelices y traerlos á pedir la paz.* Suspendió el

virey la respuesta sorprendido del valor del padre, pues le parecia que no debia exponer su vida á la venganza de los indios; pero el celoso ministro lo decidió diciéndole que contaba con Dios, á quien dejaba de fiador de su vida. Aceptó al fin Mendoza la propuesta, y tomando dicho padre por compañero al P. Fr. Miguel de Boloña, sin más armas que el Breviario, una imagen de Cristo y otra de la expectacion de María Santísima, que cargaba en un nicho pequeño, y es la misma que hoy se venera bajo la advocacion de Nuestra Señora de Zapopan, subió al cerro del Mixton: á las 36 horas salieron con los PP. mas de seis mil indios de paz, y cumpliendo su palabra el virey, fundaron nuevamente con ellos los mismos misioneros el pueblo de Juchipila en el lugar en donde hoy se halla.

Algunos de los dispersos proyectaron hacer el último esfuerzo en el paso del río por donde el virey salia para Etzatlan y otros puntos que determinó visitar. Esto lo hicieron bajo la direccion de un español llamado Cristóbal Romero, que ó compadecido de los indios ó agraviado de los suyos, dirigia la maniobra; pero frustradas por las providencias militares del virey, fueron todos aprehendidos y sentenciado á muerte Cristóbal Romero. Pidieron los oficiales subalter-

nos con mucho empeño el indulto de la vida del reo principal, se les concedió, y los indios fueron conducidos á México y declarados esclavos se repartieron entre los oficiales del ejército. Al paso del río se le dió el nombre de San Cristóbal por la defeccion de Cristóbal Romero.

Pasó D. Antonio Mendoza con sus tropas el río de Tololotlan ó Santiago con direccion á Etzatlan: pensaba visitar todo lo conquistado por Guzman; pero los españoles y mexicanos, tratando de descansar de una jornada tan penosa, le instaron por su pronto regreso á México. Oñate y los demas jefes de la N. Galicia apoyaron la solicitud por haberse pacificado completamente el país, y así, recorriendo solo algunos pueblos y la laguna de Chapala, atravesó el virey el reino de Michoacan y llegó á México, en donde fué recibido, como era de esperarse, con los honores del triunfo que habia conseguido.

No regresaron muchos de los que habian salido con Mendoza, porque en las batallas murieron algunos y otros se quedaron establecidos en la N. Galicia. Lo mismo sucedió con muchos de los soldados de Alvarado, y ya no se trató despues de otra cosa sino de colonizar y reponer los pueblos que quedaron destruidos con la guerra.

Desde ese tiempo comenzaron los indios á hacer incursiones y avances sobre los españoles, bajando de las sierras adonde se habian ido muchos, y esto estimulò á los gobiernos á poner puntos militares llamados presidios, para ocurrir á la defensa de las poblaciones. Estos puestos se fueron retirando sucesivamente conforme crecia la colonizacion, hasta los puntos en que hoy se hayan.

*Fundacion de pueblos, villas y ciudades, y otros sucesos notables.*

Como en los tres meses que duró el sitio de las fortalezas de los indígenas, nada se pudo hacer sobre la fundacion de Guadalajara que de antemano se habia determinado, luego que se vieron las autoridades libres de los cuidados de la guerra, se comenzaron á juntar para realizarla los vecinos ántes reunidos de Tlacotan, que se hallaban unos en Tonalan, otros en Tlajomulco y otros en Tetan. Aquí habian establecido tambien los misioneros su principal residencia ó convento; pero en virtud de la resolucion de mudar la capital, se pasaron al lugar designado para la nueva fundacion. En Tetan se publicó el bando de reunion de los que quisieran poblar, y todos se hallaron juntos en el punto en que hoy es-

ta la ciudad de Guadalajara, el dia cinco de Febrero de mil quinientos cuarenta y dos.

Fueron criados por el gobernador Cristóbal Oñate dos alcaldes y tres regidores, á saber: Fernando Flores, Pedro Placencia, Miguel Ibarra, Diego Orozco y Juan Zuvía: para párroco quedó nombrado el primer capellan que entrò con Nuño de Guzman, que fué el Br. D. Bartolomé Estrada, y para vicario suyo el Br. D. Alonso Gutierrez María. La doctrina de los misioneros se puso en San José de Analco y este fué el segundo convento de los PP. de San Francisco y el primer custodio de toda la mision fué el P. Fr. Antonio Segovia.

Si dijéramos que á estos padres se les debió la pacificacion de estos Estados, la civilizacion y los demas incrementos que tuvieron, no debia tenerse por hipérbole. Fué el más prodigioso contraste para la felicidad de estos pueblos, el que formaban por una parte el orgullo, la austeridad y tiranía de los conquistadores y encomenderos, pues los más no pensaban sino en destruir y aniquilar á los indios para enriquecerse á sí mismos, y por otra el celo por el bien de las almas y el interés en propagar la religion, artes, industria y civilizacion con que se distinguian los misioneros.